



La educación en las luchas revolucionarias¹

Andrés Donoso, *La educación en las luchas revolucionarias. Iván Illich, Paulo Freire, Ernesto Guevara y el pensamiento latinoamericano* (Santiago de Chile: Editorial Quimantú, 2018, 168 pp.)

ISBN: 978-956-8290-26-9

Leonora Reyes Jedlicki²

La educación en las luchas revolucionarias de Andrés Donoso sorprende, pues vuelve sobre temáticas que, para muchos, parecen extinguidas. Si bien el libro comienza señalando que, “a mediados del siglo XX reflexionar sobre los vínculos entre la educación y la transformación social era un asunto que no necesitaba mayor justificación”³, en la actualidad, escribir sobre “luchas revolucionarias”, parece una actividad intelectual en retirada, propio del añejo y añorado siglo XX, el de los grandes sujetos y los relatos únicos. Al proponerse analizar el compromiso de la actividad educativa con las luchas revolucionarias en la región, trasluce un telón de fondo mítico latinoamericanista, difícil de volver a mirar a la luz de la restauración conservadora que sufre la región. Mientras la mayoría de la intelectualidad prefiere evitar los estudios generales que obligan a sacar conclusiones articuladoras, o al menos visibilizar los ejes comunes en una variedad de experiencias particulares en un continente tan vasto como disímil, siempre en movimiento, *La educación en las luchas revolucionarias* aparece como un acto de arrojo y desafiante.

Por todo ello, el libro despertó mi curiosidad inmediata. Pues además de proponerse un fin comparativo, busca nuevas pistas en la relación entre educación y transformación a través del estudio de tres destacados pensadores de la educación y la lucha social: Iván Illich, Paulo Freire y Ernesto Che Guevara. ¿Qué de nuevo podría decirse de estos tres pensadores-activistas de la

1 La presente reseña corresponde a la versión revisada de la presentación realizada por Leonora Reyes en el lanzamiento del libro de Andrés Donoso Romo, evento realizado el miércoles 29 de agosto de 2018 en el Salón Ricardo Donoso de la Biblioteca Nacional de Chile.

2 Chilena. Departamento de Estudios Pedagógicos, Universidad de Chile. Contacto: lreyesj@uchile.cl

3 Andrés Donoso, *La educación en las luchas revolucionarias. Iván Illich, Paulo Freire, Ernesto Guevara y el pensamiento latinoamericano* (Santiago de Chile: Editorial Quimantú), 149.

educación, componentes de la cosmovisión izquierdista chilena y latinoamericana?, ¿qué podría decirnos Donoso en el marco del aparente triunfo de una educación neoliberal?

Aquí es donde quisiera focalizar mis comentarios: en los elementos que me parece que el libro aporta, sobre lo ya avanzado por otros y otras. Pero no quisiera verlo como un aporte en abstracto, sino como una contribución para la reflexión que es necesario hacer desde nuestro tiempo, el que nos tocó vivir, aquí y ahora. Aun cuando el libro no se lo propone explícitamente, es innegable que surja, genuinamente en nosotros, la búsqueda de nuevas pistas. ¿Cómo revive la reflexión y práctica educativa de Illich, Freire y Guevara, en nosotros, educadores y educadoras del siglo XXI (herederos de lo que nos deja el siglo XX)?

Un primer elemento que rescato de lo planteado por Andrés en su libro, es cuando nos invita a pensar la íntima relación que se produce entre la construcción de la subjetividad de Iván, Paulo y Ernesto y el desarrollo de su pensamiento político-pedagógico. El libro realiza un lúcido esfuerzo por establecer coordenadas entre biografía y pensamiento educativo. La reflexión biográfica acerca de cómo nos convertimos en educadores no es simplemente una cuestión anecdótica, sino forma parte de nuestro propio proceso de liberación, pues nos obliga a enfrentarnos a nuestros propios demonios escolarizadores, nuestro desarraigo, nuestros rasgos autoritarios, ese impulso competitivo que convive en cada uno y cada una de nosotras -a pesar nuestro-. Lo más probable es que lo hayamos internalizado en aquella institución escolar y no en otra. No podemos pretender liberar a otros/as, o liberarnos colectivamente en el ejercicio mismo de la práctica pedagógica emancipadora, si es que no somos conscientes de nuestras condicionantes, paso básico para poder objetivarlas y transformarlas. Al mismo tiempo permite reconocer cuando para nosotros el aprendizaje es un gozo y nos libera al desarrollar nuestro propio conocimiento, como sujeto parte de una comunidad y territorio. Aquí me gustaría citar un fragmento del texto que me parece particularmente lúcido en este vínculo, se trata de un pasaje en que Andrés describe cómo se introduce Freire en el mundo de las letras: “Corría la década de 1920 y a la sombra de unos frutales, en su casa de Recife, los tres [él, Joaquín, su padre y Edeltrudis, su madre] se empeñan en dibujar letras en el suelo de tierra... En estas lecciones – señala el autor- Freire no solo consiguió su pase a la ciudad letrada, “también aprendió un secreto que con el correr de los años se transformaría en su más preciado legado, a saber, que para alfabetizarnos, para aprender a leer y a escribir, lo único verdaderamente indispensable era amar⁴”. Para Freire, la educación desde ahí se volvió algo “sagrado”, que merecía profundo “respeto” y honda “devoción”. La pedagogía para Freire adquiere aquí una dimensión espiritual para la reflexión aguda sobre la relación entre educarse y liberarse; representa un deseo de vincularse con el otro a través del conocimiento, del descubrimiento de sí mismo y de los otros. Amar es el pilar de la educación como concientización y diálogo.

Pero volviendo a la reflexión que provoca en nosotros los planteamientos de estos tres pensadores, cabe la pregunta: ¿Cuál es nuestra propia lucha revolucionaria o proceso de transformación social en la actualidad de nuestro quehacer? Como un hito social de marca corporal, tal como arrecian de improviso las olas de nuestros mares, se nos vinieron las movilizaciones del 2006 y 2011. Y exclamamos: -“¡Ahora sí!”. Con emoción contenida,

4 □ Donoso, *La educación en las luchas*, 104.

pensamos en el privilegio de ser parte de un gran acontecimiento histórico, el reemplazo de la constitución del 80. Algunos vaticinaron el advenimiento de un Estado pre-revolucionario. El movimiento estudiantil que lideraba el jaque al modelo de educación de mercado se propuso, por arriba de todo, cambiar las estructuras privatizadoras del sistema escolar. Pero ocurrió lo impensado o, más bien, lo que esperábamos desde nuestra historia de derrotas: la consolidación del mercado educacional instaurado en los 80, en su versión 2.0 o 3.0. Simplemente cambiaba el modelo de Estado Subsidiario de la educación, por el de un Estado Evaluador, que no era sino una nueva fase del mismo proceso de desarrollo del capitalismo financiero; un Estado que si bien continuaba con la provisión pública -en caída libre-, en grueso, se remitía a fiscalizar y evaluar resultados de aprendizaje desarrollados por privados y públicos. ¿Qué había sido el movimiento de 2011 y su exigencia de educación gratuita y de calidad para todos y todas, sino un fuerte remezón que terminó ajustando las placas tectónicas del modelo educacional basado en mecanismos de financiamiento y administración privatizados? ¿Qué es la ley que crea un sistema de aseguramiento de la calidad (2011) sino construir una burocracia fiscalizadora y evaluadora de resultados de aprendizaje con consecuencias?, ¿qué es la Ley de Inclusión (2015) sino un mecanismo que pretende eliminar el lucro a través de que el Estado pague al privado lo que hasta ahora hacían las familias?, ¿qué es la Ley de Nueva Educación Pública (2017) que desmunicipaliza, sino una nueva institucionalidad especializada en la gestión de la educación pública?, ¿qué son todas las leyes post 2011 sino la consolidación de un modelo de escuela que produce “buenos consumidores”, “buenos competidores”, “seres dóciles y mansos respecto de su condición de subordinación en la estructura social” afianzando el modelo de desarrollo económico hegemónico a nivel mundial, basado en el desarrollo de capital humano para una sociedad del conocimiento?

Esto ya lo había adelantado Illich medio siglo atrás al comunicar su descreimiento en las reformas escolares basadas en destinarle mayores recursos al sistema escolar, cuando lo que cabía era simplemente “terminar con el sistema”. Como lo destaca Andrés en su libro, para Illich “más escuelas era acrecentar la depredación de los recursos naturales y hacer más injusta repartición de la riqueza”⁵. En este sentido Illich entrega, como bien señala Andrés, un valioso marco para pensar por qué y para qué sirven las escuelas.

¿Y cómo leer “actualizadamente” al Che Guevara, el “maestro guerrillero”? Cuando leo este apartado en el libro es cuando más pienso en la distancia que pudo haber y continúa habiendo entre los distintos proyectos políticos de las izquierdas latinoamericanas. Desde las comunidades cristianas asociadas a la Teología de la Liberación hasta la guerrilla guevarista. El Che pensaba, según la interpretación que hace Andrés de sus textos, que “no se debía ocupar el precioso tiempo de los guerrilleros en iniciativas sistemáticas de educación”⁶. Pero una vez ocurrido “el triunfo” resultaba imprescindible. En efecto, después de 1959, las fortalezas militares se convirtieron en escuelas, se suprimió la enseñanza privada y se dio inicio a la Campaña de Alfabetización, que marca el inicio de una política de aumento de la cobertura, seguida por una que aumentó los años de escolarización obligatoria: primero hasta 6to y luego hasta 9no grado. Para el Che, la educación no jugaba ningún papel relevante en los procesos de liberación, sino solo después, en la consolidación de lo conquistado. Después del hito de triunfo revolucionario,

5 □ Donoso, *La educación en las luchas*, 89.

6 □ Donoso, *La educación en las luchas*, 132.

Cuba entera debía ser una escuela, primero, para emprender el proyecto productivo que daría dinamismo y progreso a lo instaurado por la revolución, y segundo, para desarrollar su “dimensión emocional”: exaltar el entusiasmo, el sacrificio y el desprendimiento, o sea, afianzar la “conciencia revolucionaria”. El pensamiento educativo de Guevara curiosamente, en este punto, no da lugar a la reflexión sobre quiénes tienen que pensar esta educación. Ahora, ¿cómo nos llega el pensamiento educativo de Guevara en un contexto donde lo más probable es que nunca exista un asalto a ningún cuartel para decretar el inicio de una revolución social? Aquí, creo que es difícil pensar la relación entre educación y transformación social en la actualidad, sin el concepto vital de “movimiento”. Como lo propone Raúl Zibechi, el gran cambio que ocurre entre las luchas revolucionarias de los 70 y las de los 90 en adelante es la “desterritorialización” de las luchas, provocada principalmente por los nuevos modos de dominación, producto de los ajustes del desarrollo del capitalismo a nivel mundial. La reorganización en pequeñas comunidades autogestionadas es una de estas nuevas formas. Pienso en el Movimiento Sin Tierra en Brasil o el Movimiento Zapatista en México, recuperando territorios propios y produciendo nuevas formas de resistencia. Se busca la autonomía, se desarma el paradigma de la organización en función de un partido que defiende los intereses de “la clase”, y se reafirman identidades que le dan sentido integral a la resistencia, que, a la vez, no está separado de la construcción del proyecto de nueva sociedad. No solo forman sus propios intelectuales, sino que toman en sus manos su propia educación. Es como podemos entender las más de 1500 escuelas del MST, o el levantamiento de la Universidad Intercultural de los Pueblos y Nacionalidades Indígenas en Ecuador que recoge la experiencia de la educación intercultural bilingüe en casi 3 mil escuelas dirigidas por indígenas del lugar. En esta reafirmación identitaria se visibilizan las mujeres educadoras, campesinas, piqueteras, indígenas: diputadas y comandantes, dirigentes sociales y políticas⁷. Se trata de las nuevas relaciones entre los géneros que nacen en las organizaciones sociales y territoriales, desplegando la capacidad de “reconstruir los saberes destruidos por el neoliberalismo”⁸.

Sería poco genuino de mi parte no señalar una aprehensión con respecto al lugar que tienen las mujeres educadoras y su colaboración en procesos de emancipación social y cultural. No solo por su invisibilidad en este libro, sino que en la cosmogonía global de la izquierda latinoamericana. Creo que es necesario salir a buscarlas en nuestra memoria, porque de que existieron no hay duda, pero no las tenemos a flor de labios como si tenemos a Iván, Paulo y Ernesto. Y en eso también conspiran nuestras propias prácticas educativas tal vez aun poco liberadoras/liberadas. Las educadoras que se relacionaron con procesos de emancipación social y cultural en Chile no las encontramos en la trinchera de una guerrilla o la dirigencia de un colectivo, sino más bien confundidas en los intersticios de la institucionalidad educativa, particularmente, entre las maestras primarias. Lo hacen desde la educación formal, pero con una comprometida acción educativa popular. Dedican su labor a transformar la escuela a través de sus prácticas: establecen relaciones más democráticas, repiensen el currículo y la evaluación con mayor pertinencia, buscan a las familias para que sean copartícipes del proyecto educativo en marcha, convierten la escuela en un lugar hospitalario, y hacen algo que es relevante: escriben sobre ello. Con seguridad, la más reconocida es Gabriela Mistral. Pero a ella en general no se le destaca por su

7 Raúl Zibechi, *Autonomías y emancipaciones. América Latina en movimiento* (Santiago: Editorial Quimantú, 2008), 24.

8 Zibechi, *Autonomías y emancipaciones*, 30.

pensamiento educativo y su aporte a la causa post revolucionaria mexicana con José Vasconcelos en los 20, sino por su aporte a la literatura.

También hay otros ejemplos: Leopoldina Maluschka, quien impulsó la organización de maestras kindergartianas a principios de siglo XX. Leopoldina fundó en 1910 el Kindergarten Popular para los “hijos del pueblo obrero” bajo la apuesta pedagógica froebeliana basada en el juego, reemplazando la lógica del adiestramiento y desarrollando una formación integral para niños y niñas en sus primeros pasos. Y como no recordar a Abdolomira Urrutia o Noemí Mourgues, lideresas del movimiento de normalistas de los 20, haciendo proclamas a viva voz en las asambleas por el derecho de las madres solteras y por la libertad sexual de las mujeres. Y más tarde, a Haydée Azócar y Luzmira Leyton, también parte del mismo movimiento, un poco más jóvenes, quienes asumirán desde los 50 hasta el golpe de Estado en Chile, como directoras de las escuelas consolidadas de Buin y de la población Dávila Carson. Necesitamos continuar con esta búsqueda, lo antes posible, no en un afán reivindicativo, ni siquiera en la lógica de buscar la paridad de género, sino porque creo que ahí reside la comprensión básica de los logros y fracasos de nuestra emancipación pedagógica.

En definitiva, felicito a Andrés por su hazaña, quien no solo avanza en esta empresa a contrapelo, sino que compilando su propia producción de ideas ya relatadas en varios artículos, realiza un ejercicio personal de sistematización de la propia trayectoria investigativa, proponiendo una “arquitectura” integradora de experiencias dispersas y fragmentadas, que van siendo hilvanadas a través de preguntas inquietantes y provocadoras como las que hemos comentado aquí.

Bibliografía

Donoso, Andrés. 2018. *La educación en las luchas revolucionarias. Iván Illich, Paulo Freire, Ernesto Guevara y el pensamiento latinoamericano*. Santiago de Chile: Editorial Quimantú.

Zibechi, Raúl. 2008. *Autonomías y emancipaciones. América Latina en movimiento*. Santiago: Editorial Quimantú.